

TXOMIN BADIOLA

MAMUK

BARCELONA 2025



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tél. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2025 by Txomin Badiola Mazariegos
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, gárgola de una arpía de la iglesia de
Santa María de Ondarroa, fotografía de Txomin Badiola/EM

ISBN: 978-84-19958-62-4
DEPÓSITO LEGAL: B. IO 485-2025

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2025*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para Marta, y también para Vico, lectoras
irredentas, allá donde estéis.*

Yo no creo en el alma humana. Opino que las personas son como maletas en las que se han metido varias cosas, dispuestas para un viaje, y se ven lanzados de acá para allá, de arriba abajo, perdidas y vueltas a encontrar, tan pronto medio vacías como atiborradas, hasta que el Último Mozo las deja en el Último Tren y se van rodando...

KATHERINE MANSFIELD, 1918

... el sentimiento tenue, pero insistente, insidioso, inevitable, de ser de alguna manera extranjero en relación con algo de mí mismo, de ser «diferente», pero no tanto diferente de los «demás» cuanto diferente de los «míos».

GEORGES PEREC, 1979

Hacia las siete de la tarde, la desvencijada diligencia en la que tuvimos la mala fortuna de viajar entró renqueante en un pueblo de la costa vasca situado en la frontera entre Vizcaya y Guipúzcoa. Un viejo militar carlista que nos había acompañado en la última parte del recorrido nos informó, sin disimular su rencor, que hacía cincuenta años, durante la guerra de la Convención, aquella villa había sido arrasada en su totalidad por compatriotas míos republicanos. Aunque ahora se hallaba reconstruida en parte, el conjunto urbano mostraba un aire triste, sucio y pobre, y tan sólo destacaba entre la mediocridad urbana una iglesia gótica que se elevaba sobre un promontorio artificial construido en el primer meandro del río. Aquella imponente estructura confería al simple cuerpo prismático del templo desprovisto de toda variedad formal un aire de fortaleza impenetrable, pensada sólo

para prevalecer por su masiva y siniestra presencia. Sin embargo, cuando pudimos acercarnos, justo al decaer el sol, los últimos rayos dorados nos revelaron en su parte alta una abundante decoración de la que apenas nos habíamos percatado. Además del mundo monstruoso, como de fábula, del gótico, destacaban por su originalidad los bustos pétreos de unos personajes que, según pudimos saber, los locales llamaban, traducido de su idioma, «fantasmas». También nos explicaron que se contaban muchas historias acerca de aquellas figuras que servían para asustar a las criaturas más tiernas. Pero, aparte de sus usos fantasmagóricos, lo que de verdad intrigó a este viajero fue lo extraño de su ubicación. Mientras que la mayoría de ellas se agrupaba en una suerte de escena cortesana en la que los personajes se asomaban a una balaustrada sobre la cornisa, otras, como si hubieran sido arrancadas de su ubicación original, habían acabado en las puntas aisladas y sobresalientes de los pináculos y contrafuertes. Parecería que ese *estar fuera de lugar* quisiera decirme algo acerca de las circunstancias remotas y enigmáticas que allí las condujeron, y en los vientos que entre ellas silbaban pude incluso percibir turbadas voces pasadas y presentes relacionadas con aquella construcción que, sin duda, parecía albergar más de un misterio.

VICTOR HUGO, 1843 (*atrib.*)

I

—*Ezin zaze pasa, beraneantik zaze.*

—Dice que no quieren nada con nosotros porque somos veraneantes—le explicó el eibarrés a la vista de su cara de pasmo.

—Ya, ya lo he entendido.

Sabía de sobra lo que el otro chico acababa de decir, entendía las palabras, pero no llegaba a imaginar lo que había tras un rechazo tan injusto y por el que se dolía tanto, aunque tratara de disimularlo. Era domingo y varias cuadrillas de chavales del pueblo y alguna de foráneos salían de la iglesia donde habían asistido a la misa, o, al menos, eso se les suponía. Lo cierto es que bajaban de lo más alto del coro, un lugar al que casi no subían los adultos y en el que era posible desentenderse de la liturgia y hacer lo que viniera en gana sin apenas consecuencias. Entre otras cosas, aquel espacio escalonado y aislado del resto del templo acostumbraba a convertirse, según quienes allí se encontrasen, en una especie de proscenio en el que escenificar todo tipo de antagonismos, desafíos y amagos de embate, destinados, al menos una parte de ellos, a ser resueltos a la salida. Algo así había sucedido aquella mañana, en que la banda del Tony, que tomaba el nombre del perro asesino que los acompañaba y al que a menudo azuzaban contra sus adversarios, se pasó todo el tiempo rivalizando con la banda de un barrio aledaño. Siempre atento a estas liturgias alternativas que le fascinaban, había podido escuchar como los jefes de cada banda quedaban para resolver la disputa en la *korreta*, el deambulatorio que rodea la base de la iglesia y al que no estaba permitido el acceso. El líder de la banda del Tony era un

tal Etxaburu, y su lugarteniente era Miguel, el perpetrador de la tajante orden de exclusión de «los veraneantes».

Lo conocía del barrio de Kamiñazpi, donde eran vecinos y campaba a sus anchas la banda. Los padres de Miguel eran andaluces, él marinero y la mujer dedicada a sus hijos más pequeños y a la casa. Vivían en una planta baja, a ras de suelo, y su puerta de entrada estaba justo enfrente de la del piso de su familia. Las madres de ambos habían llegado a hacerse muy amigas. Los chavales, a pesar de las diferencias obvias entre un chico de ciudad, más o menos «bien», veraneante en un pueblo costero vinculado a su familia, y un chico del campo andaluz que se había visto de muy pequeño obligado a emigrar allí con la suya, habían fraguado una relación que llegó a ser muy íntima. Tan íntima que incluía furtivas visitas a la *txabola* de la banda del Tony cuando no había nadie, en las que Miguel le enseñaba los trofeos obtenidos en sus salvajes andanzas, por ejemplo, un par de gatos ahorcados. También a veces le invitaba Miguel a acompañarlo al vertedero que había junto al río para disparar a las ratas con la carabina de aire comprimido. Su amistad incluía además cosas como la comparación de sus respectivos vellos corporales, las partes donde comenzaba a hacerse más tupido y esas otras en las que debería haber aparecido a sus doce años cumplidos y, sin embargo, todavía no lo había hecho. En esas ocasiones Miguel solía hacer a su amigo preguntas raras sobre su hermana, un año menor que ellos, sin que éste supiera qué contestar.

Todo ello explicaba lo mucho que le había alterado el desaire. Era cierto que la relación entre ambos incluía un pacto de desentendimiento mutuo en las circunstancias en las que cada uno se encontrase con su *milieu* particular, pero en aquella ocasión no había sido su intención transgredir la norma que por voluntad propia se había impuesto, tan sólo asistir como un espectador más a una contienda

que prometía. A pesar de todo, tanto él como el eibarrés se vieron excluidos del acontecimiento de la manera más implacable y enérgica:

—*Ezin zaze pasa, beraneantik zaze.*

Cuanto más lo pensaba, menos sentido le encontraba; y aún le cabía menos en la cabeza el hecho de que su amigo hubiera sido el encargado de decírselo y, además, que todo estuviera sucediendo justo ese día en concreto, tan repleto de promesas, cuya fecha, 20 de julio de 1969, iba a quedar sin ninguna duda fijada en los libros de texto; una jornada que, en los tiempos venideros, cualquiera que la hubiese vivido recordaría con precisión fotográfica: lo que hizo, con quién estuvo, incluso lo que comió o si llovía o hacía calor. En el tránsito nocturno de ese día hacia el siguiente estaba previsto que el módulo lunar estadounidense de la misión Apollo XI se posase sobre el Mar de la Tranquilidad, y que sus tripulantes dieran los primeros pasos sobre la superficie de la Luna. El evento iba a ser retransmitido por televisión al mundo entero, y la familia de Miguel había invitado a la suya a verlo en el televisor que tenían en casa. Los dos amigos habían convenido vivir la experiencia juntos, confiando en que, a partir de entonces, permanecerían ligados por las ataduras de la historia. Y ya era casualidad que ese mismo día se produjese la triste situación de distanciamiento que, por esas mismas dinámicas, podría resultar difícil de desanudar del resto de acontecimientos y, por tanto, ser recordada para siempre.

—¿Qué hacemos?—preguntó el eibarrés cuando toda la banda, a la que se había incorporado el mismísimo Tony, había saltado ya la valla de hierro forjado para acceder a la *korreta*.

—Tú no sé, yo me quedo aquí—respondió, sentándose en la defensa de piedra junto al enrejado.

—¿Para qué? Ya les has oído.

—Yo me quedo.

—Tú sabrás; me voy a la playa.

Se oían algunas voces más altas que otras en la vuelta hacia la fachada sur de la iglesia, pero nada se podía ver desde el sitio en el que estaba sentado. Pasó un rato no muy largo en el que el griterío se encendía y apagaba por rachas, hasta que se oyó un golpe seco, luego unos cuantos impactos más agudos como de cascotes rodando y, por fin, el silencio, roto al poco por tímidas peticiones de auxilio. Los integrantes de las dos bandas, muchos con las caras desencajadas, se apresuraron doblando la esquina de la iglesia en dirección a donde se encontraba para saltar unos barrotes que parecerían que los estuvieran aprisionando.

—¿Qué pasa?—preguntó sin obtener respuesta.

Al poco vio aparecer a Miguel y le repitió la pregunta.

—Ha habido un accidente—contestó sin pararse, empujándolo calle abajo en dirección al barrio.

—¿Qué accidente?

—...

—¿Por qué no dices nada? ¿Qué ha pasado?

—Lo tenía cogido del cuello, lo solté... y entonces... pasó.

—¿El qué?

—Unas piedras se desprendieron de lo alto de la iglesia y le cayeron en la cabeza... creo que está muerto.

Nada más se dijo en el camino hacia Kamiñazpi. Al llegar al portal, cada uno franqueó su puerta enfrentada a la otra, entraron y no se vieron durante el resto del día.

Pasada la medianoche, su madre, exultante por la emoción que le provocaba el evento al que estaba convocada, llamó a la puerta de la familia andaluza, y fue recibida con grandes muestras de regocijo. Él, que la acompañaba—sus hermanos se habían ido todos a la cama—, entró también en el piso y se sentó junto a su amigo, sin que éste hicie-

ra el menor gesto, permaneciendo ensimismado, ajeno a la excitación que lo rodeaba. Fueron más de tres horas las que Miguel estuvo mudo, indiferente al tumulto generado por el advenimiento de la Historia, así, con mayúscula. Sería poco antes de las cuatro de la mañana cuando, sobre el fondo de unas imágenes grisáceas demasiado borrosas para ser interpretadas, la voz del locutor mostró una particular excitación:

—... se empieza a mover, no sé exactamente lo que es en estos momentos, pero vamos a tratar de saberlo. Observen ustedes el pie, ahí está, a las 101 horas, 22 minutos, 48 segundos de vuelo, el pie, muy lentamente el pie de un astronauta, se ve... es el pie del astronauta... ahí está...

—¡Vámonos!—dijo Miguel en aquel preciso instante dirigiéndose a su amigo.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿De verdad?

—Sí, vámonos.

Ambos salieron y se sentaron en una valla de cemento desde la que se divisaba la carretera desierta, como cabía esperar, en ese día y hora.

—No eran sólo piedras, ¿sabes?—farfulló Miguel.

—¿A qué te refieres?

—*Euretakeo bat ixan zan.*

—¿Uno de ellos? ¿Quiénes?

—*Mamu bat ixan zan!* ¡Fue un *mamu*, fue un *mamu*!

—¡Ah, el mío ha sido, nunca pudo ser de otra manera, un digno y piadoso oficio de oscuridades!

Las jornadas previas a que se hiciese efectiva la terminante decisión a la que sin remedio se aferraba, el maestro de obra Béranger de Bourgogne se había visto asediado por asuntos inconexos y desordenados que alborotaron su cabeza cuando más despejada hubiera querido tenerla.

Una noche cruel en la que la mente se negaba ya a proporcionarle ninguna tregua, abandonó su alojamiento y se encaminó hacia el templo en construcción, sin un propósito claro, tan sólo para huir de sus caóticas especulaciones. Se imaginó que, quizá en sus piedras concretas, recias y familiares, encontraría los aparejos para su rescate de una vorágine que le hacía perder la razón. Cruzó la plaza pasando por delante del lugar de la nunca comenzada portada de la iglesia. Lo hizo con mucha prisa, como para conjurar aquel fantasma que le perseguía con las mil formas de una machacona demanda de sus patrones, cuando él, en su intimidad, hacía mucho tiempo que había decidido dejarla inatendida. Una vez en el andamio que se elevaba en la fachada sur, se encaramó a él con una falta de agilidad que sirvió para recordarle que ya no era el que fue. Pero ¿quién fue aquél, diferente al que hoy era? No era sólo esa creciente limitación física, sino las renunciadas, propósitos inconclusos, arrepentimientos, quejas, reproches y contriciones que le asediaban, los que, sillar a sillar de la construcción que él había llegado a ser, se empeñaban en poner de manifiesto la desalentadora diferencia con el que alguna vez fue.

Al levantar la trampa que daba acceso a la tablazón más alta del andamio, una ráfaga de aire le alborotó el cabello y casi hizo volar el capote que llevaba echado por encima. Cuando se recompuso, las fauces de un lobo le hicieron saber que entraba en un territorio al que ninguna monstruosidad le era ajena. No pudo menos que exclamar:

—¡Ah!, la bestialidad pide exhibirse en toda su magnificencia. —Y, dirigiéndose a la gárgola del lobo, le preguntó—: ¿Eres tú acaso tan sólo el apetito insaciable? ¿Es el león la soberbia de la condición regia que le ha sido impuesta? ¿Es el águila sólo su rapacidad o su impureza? ¿Es el cuerpo desnudo de la mujer la lujuria?

Caminaba con paso inseguro por el suelo de tablones expuesto al azote del viento. Se refugió por un instante en el hueco del contrafuerte de la esquina con el primer paño de la fachada, donde fue acogido entre las patas de un dragón con cara de sabueso y cola de serpiente. Cuando las ráfagas amainaron, continuó su periplo tanteando casi a oscuras el muro, hasta que se topó con una arpía, tan bella como terrorífica, a la que habló de la siguiente manera:

—Dime, ¿acaso no resultará el Bien siempre preferible?—El maestro acariciaba su rostro helado y amagó con besar su boca—. Y sin embargo, como artífice, me siento excitado ante la opacidad y el caos, la luz sólo me confunde.

Pasó con dificultad por encima de la defensa que remataba el tejado de la iglesia, circundándolo. Se sentó en cuclillas en la oscuridad del pasaje con la espalda apoyada en la tracería de la balaustrada y la cabeza entre las manos. Fue entonces cuando se le impuso la conocida imagen del alma como un espejo con dos lados: uno plano y otro curvo. Se decía que Dios había hecho el lado plano de este espejo y que después el Diablo hizo el otro con forma curva; que el lado divino representaba los objetos al natural, tal y como son de verdad; mientras que el demonio debía, por necesidad, a tenor de las normas de la óptica, representar como falsos los objetos verdaderos y como verdaderos los falsos. Así cavilaba cuando, de repente, la luna, como si se quitara una venda, se libró de las nubes que la oscurecían y arrojó una luz inesperada. La escena, ahora gloriosamente iluminada, hizo que el maestro saliera de su ensimismamiento y, tapándose los ojos con las manos, como si la luz fuera excesiva y le cegara, declaró dirigiéndose al cielo en voz alta:

—¡Sí, un oficio de oscuridades!

San Juan Txurru es un barrio
Pequeño y triste
Penetrado por una calle
Que retorna sobre sí misma.

Me dicen que no
Que no es el nombre del barrio
Que es sólo el de la calle que
Como una pitón lo estrangula.

Aunque únicamente fuera por eso
Por ese dominio inescapable
Por esa razón imperativa
Merecería dar nombre al barrio.

Me corrigen, la calle es una
Pero a la mitad cambia de nombre
Al de Madalena
Que sí nombra al barrio.

Pero a mí no me gusta
Siendo ambas semejantes
Prefiero para este barrio pequeño y triste
El nombre de San Juan Txurru.

Que se llame San Juan Txurru
Y muera estrangulado
Por una calle anómala
Con su mismo nombre.

En el barrio de San Juan Txurru (el de Madalena), en el punto exacto donde una de las calles se convierte en la otra, en el lado no construido que da a la ladera del monte, el joven policía municipal se despidió de su novia en el interior del coche patrulla. Lo hizo con frialdad, tras un encuentro sexual rápido y fallido, bañado por el reflejo oscilante de una gélida luz azulada de procedencia incierta. Salió la mujer con un pitillo encendido y, de inmediato, el coche se puso en marcha calle abajo hasta salir a Astilleru, que coincide con la carretera general que bordea el pueblo. Decaía el día. En la iglesia al otro lado del río, un pináculo, teñido del intenso dorado de las últimas horas, arrojaba

su reptante sombra sobre el bloque prismático del ayuntamiento como si de un dedo acusador se tratase. El suceso se acentuaba por la luz marina, como si se quisiera enfatizar un potente aviso destinado a alguien que debería sentirse por completo concernido.

Al entrar en las oficinas municipales, el policía apenas hizo amago de saludar a la compañera que estaba de guardia y se dirigió a los vestuarios con la intención de cambiarse. Estaba solo. Tras guardar su arma reglamentaria, se fue desvistiendo hasta quedar en ropa interior. Se sentó en el banco corrido frente a las taquillas y dejó que la vista se extraviara por entre unas toallas mojadas que había en el suelo. Tenía cosas en que pensar, pero le aterrorizaba pensar en una sola hasta el punto de que pudiera obsesionarle y su mente acabara en la prisión de esa única idea. Aquello le deprimía por su recurrencia, y por ser incapaz, cada vez que sucedía, de medir las consecuencias a las que se vería arrastrado. Permaneció allí un buen rato presa del estupor hasta que los gritos de unos niños que disputaban un punto en el frontón le sacó de su aturdimiento. Miró el reloj que había sobre las taquillas y se dio cuenta del tiempo que había pasado con un leve sobresalto de vergüenza. Se puso una camisa y un pantalón con prisas, y encima un chubasquero Ternua de color violeta regalo de su novia.

—Dios te guarde, hermano, ten la bondad de anunciar a fray Juan de Goitiniz, prior del convento de Santa Kutz en la villa de Hondarroa, en el Señorío de Vizcaya. El reverendo secretario eclesiástico aguarda la visita de este su humilde servidor.

El fraile, todavía sujetando las riendas de la mula de la que acababa de descabalgarse, se anunció ante el sirviente con una modestia impostada que buscaba atenuar el aire

engreído que de manera inevitable imprime la cuna a los nacidos para mandar. Aunque humilde de vocación, le adornaba un orgullo natural linajudo del que se valía para afrontar aquellas circunstancias en las que un escenario singular, desacostumbrado para él, podía llegar a intimidarle haciendo que se tambalearan los fundamentos sobre los que había consolidado su *persona*. La visita al palacio episcopal de la poderosa Diócesis de Calahorra tenía todos los visos de ser una de esas ocasiones. Sin embargo, lejos de estar abrumado, se hallaba más bien sorprendido al encontrarse en un edificio de aspecto tan pobre y desvencijado como su humilde convento, si bien mucho más grande. Era una residencia a todas luces inapropiada para un obispo de gran influencia en el reino y con dominios tan vastos. Pensó que las obras de la nueva catedral extramuros recién comenzadas, que pudo contemplar al atravesar el puente que conducía al portón de la muralla, estarían destinadas a paliar el desajuste.

El secretario eclesiástico, sentado a una mesa llena de legajos, alumbrada por velones rebosados de esperma, apenas reaccionó cuando el fraile entró en la estancia acompañado del sirviente. Éste le había señalado el lugar exacto donde colocarse y allí quedó el fraile en pie, mirando a las baldosas del suelo con las manos colocadas sobre el vientre, una encima de la otra, en actitud sumisa. De vez en cuando, levantaba un poco la vista para indagar el tipo de individuo que tenía delante. Lo que veía era un animal de despacho con las uñas negras de tinta y, además, fastidiado porque en aquel instante le costaba encontrar el documento que necesitaba y eso le sacaba de quicio. Pero quizá, pensó el fraile, ese fastidio no fuera tan de circunstancia y tuviera más que ver con una disposición de ánimo ante la vida. Su rostro de mendrugo de varios días era el que correspondía a un eclesiástico gregario, incondicional del *or-*

ganon del poder religioso, más preocupado del beneplácito siempre insuficiente de sus superiores que de las virtudes teologales; interesado en los entresijos de la formalidad eclesiástica más que en la salvación de las almas. Un espécimen capaz de sobrevivir inmutable a través de los siglos y llegar tal cual al tiempo del que esto escribe.

—¡Ah, sí, aquí está!

Una vez encontrado, repasó por encima el documento para cerciorarse de que era el pertinente y comenzó a leer en voz alta el texto escrito en un latín pontifical:

—«Inocencio, Obispo, el Siervo de los Siervos de Dios. A la perpetua memoria. Es nuestro deber vigilar para que a cada uno se le respeten sus derechos. Aquí debemos hacer alusión al contenido de las cartas o bulas de nuestro predecesor, el papa Sixto IV, de feliz memoria, y, en concreto, a la carta que sobre nuestro querido hijo Juan de Goitiniz, profesor de la Orden de Menores, se halla en su registro correspondiente, y por las causas que se exponen en su traducción literal, Nos, a la solicitud del referido fray Juan, lo hacemos transcribir por medio de la presente».

Llegado a este punto, el eclesiástico levantó la vista, como para alcanzar a entender la misteriosa cualidad que hacía a aquel fraile de pueblo merecedor de la deferencia de dos papas. Su mirada recelosa y agria se paseó unos instantes por el cuerpo de fray Juan, que, a su vez, mantenía su mansa postura, inmóvil como una columna.

—Aquí viene la bula original, dice así: «Sixto, Obispo, a nuestro querido hijo Juan de Goitiniz, profesor de la Orden de Menores. En nuestro quehacer pastoral entendemos que hemos de servir a cualquier persona que esté bajo el suave yugo del Altísimo, así como que debemos contribuir a la paz y reposo de las almas, y hacer cuanto podamos para solucionar sus problemas. En la solicitud por ti presentada a Nos, consta que, entre las villas de Hondarroa

y Motrico, de la diócesis de Calahorra, hiciste edificar un convento bajo la advocación de la Santa Cruz, con licencia de nuestro dilecto hijo fray Alonso de Zamora, profesor de Teología y más tarde Nuncio Apostólico, destinado a las islas Canarias, para la conversión de aquellas gentes a la Fe Católica».

Leía el clérigo la bula con voz monótona y nasal, acompañándose de muecas de incredulidad. En el texto se hacía constar que el convento había sido edificado con los bienes de Juan de Goitiniz y las limosnas de otros fieles; que estaba destinado a la formación de los hermanos para su misión evangelizadora en las islas Canarias, y que en él habían convivido los frailes «laudablemente con loor de buena fama». Más adelante seguía la solicitud de fray Juan, en la cual, «por razones de conciencia»—el clérigo puso cara de escandalizarse por lo que estaba leyendo—, se solicitaba que tanto él como sus hermanos quedaran liberados de la obediencia al nuncio fray Alonso de Zamora y demás preladados de las islas, para someterse sólo a la obediencia y jurisdicción del Ministro General de la Orden. Los tics involuntarios del eclesiástico aumentaban según leía la osada solicitud de esa «poca cosa» que tenía delante, llegando a una suerte de paroxismo cuando constató la decidida complacencia del anterior pontífice, que, por si fuera poco, iba acompañada de la «gracia especial» del derecho a todos y cada uno de los privilegios, exenciones, inmunidades e indulgencias que otorgaba la Santa Sede a dicha orden y a sus frailes y conventos.

—¡En fin!, saltémonos los formulismos habituales—la lectura le estaba soliviantando y necesitaba avanzar con mayor rapidez—, se dice: «A nadie en absoluto sea permitido infringir estas nuestras letras de exención, libertad, sujeción, concesión y derogación o con osadía oponerse a ellas. Mas, si alguno llegare a intentar tal cosa, sepa que

incurrirá en la indignación de Dios omnipotente y de sus bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo. Dado en Roma, junto a San Pedro, año de la Encarnación del Señor de 1484, a 23 de junio, décimo tercero de nuestro Pontificado».

—A buen seguro tenéis mano entre nuestros superiores en la Santa Madre Iglesia, pues, desde vuestro apartado rincón del mundo, conseguís lo que se os antoja.

—No es antojo, es necesidad—protestó fray Juan.

—¡Conteneos!, mansedumbre, humildad, ¿no es la humildad propia de vuestra orden?

—Lo es, perdonadme, reverendísimo señor.

—También lo es la obediencia, y, no obstante, sois vos quien decidís a quién obedecéis y a quién no. No os gusta el Nuncio Apostólico y preferís el Ministro General.

—Disponía del consentimiento del Nuncio...

—Eso no importa.

El clérigo estaba entregado a su instinto para el husmeo de lo que él entendía era una anomalía moral, y estaba resuelto a hacerla manifiesta. Fray Juan, por su parte, se había formado el firme propósito de no ofrecer resistencia, de aligerar en lo posible su exterior para impedir cualquier perturbación de su interior.

—¿Os resta algo que decir?—profirió triunfante el eclesiástico.

—Nada, reverendísimo señor—dijo el fraile dirigiendo la mirada de nuevo al suelo.

El eclesiástico contempló quisquilloso al fraile, y cuanto más se prolongaba el examen, más irritado se mostraba.

—Esto que hacéis de pretender modestia es sumamente provocador—explotó, por fin—. Se os nota demasiado la forzada contención, y la soberbia os rezuma por los poros hasta traspasar vuestro hábito como una sudoración apestosa.

Fray Juan permaneció en silencio. Se dio cuenta de que estaba fracasando en el propósito de pasividad completa con el que había acudido al encuentro. Incluso casi sin hacer o decir nada, su interlocutor, que ahora le miraba de forma penetrante, estaba acusando el impacto de su desprecio; estaba sintiendo la repugnancia del fraile ante el tufo de su imbecilidad. El fraile mantuvo la cabeza gacha mientras decía para sí: «Hazme diáfano... permíteme dominar ese excedente que, incontrolado, de mi cuerpo emana... que deje de ser un espejo para ser tan sólo un cristal que la mirada atraviese y nada devuelva. ¡Ayúdame, Señor!».

—¡Bien—dijo por fin el eclesiástico en un tono severo—, acabemos!: «Por ello, y a tenor del contenido de la carta anterior aquí transcrita y adjunta, la hago mía, y por la autoridad apostólica a mí conferida, ordeno que se le dé el mismo valor que tiene el original, y dándole validez a todo lo que en ella se dice, y que tenga poder todo y en cualquier otro lugar donde se exhibiere. En definitiva—quiso aclarar para poner en evidencia su superioridad ante el limitado entendimiento sobre los conceptos allí plasmados que atribuía al fraile—, que el nuevo Pontífice sanciona y valida con esta bula la de su antecesor. Dada en Roma, junto a San Pedro, el día 5 de septiembre del año 1485 de la Encarnación del Señor y primer año de nuestro pontificado». Aquí tenéis vuestra bula.

El eclesiástico le tendió con gesto asqueado el documento con la firma de dos papas del que colgaba bailón un cordel con el plúmbeo sello pontificio y volvió a sus legajos, como si el fraile ya no estuviera allí, como si, en un misterioso concierto de voluntades, al final fray Juan hubiese conseguido hacerse transparente.